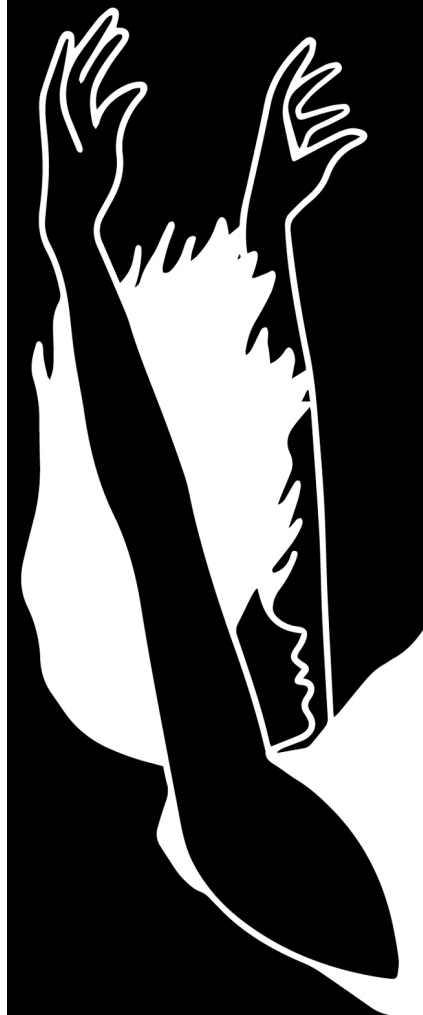


SOMOS JUEGOS DE CORDEL



ÁNGELES MORA ÁLVAREZ
SOMOS JUEGOS DE CORDEL

Título: *Somos juegos de cordel*.
Primera edición: noviembre 2020.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Ángeles Mora Álvarez
Diseño de la colección: Raúl Torres y Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García
Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.
Prólogo © Ana Martínez Castillo.
Foto del autor © Mariví Troy

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-121675-4-2
IBIC: FYB
Depósito Legal: AB 507-2020

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

A José María, Verónica y Chema

Prólogo

Es fácil imaginarse a Ángeles Mora Álvarez sentada junto al fuego en una de esas bibliotecas de mansión decimonónica, con una copita de absenta al lado y la tormenta girando como una bestia enorme. Es sencillo situarla en una suerte de Sturm und Drang, jurar haberla visto frecuentar tabernas en anacrónicas noches londinenses, parecerte que aún la escuchas declamar. Ella es así, una dama fosca. Su pluma se decanta por caminos turbios. Es por eso que inaugura, como autora individual, esta colección de narrativas de lo inquietante que nace en InLimbo cual gemela malvada: con la sana pretensión de perturbar.

Personalmente me enloquecen estas cosas. Se me oscurecen los ojos y me vuelvo exaltada con la sola mención de lo ominoso, con cualquier alusión a la otredad. Como sabemos, lo siniestro es multiforme. Puede adquirir diversas apariencias con tal de entrar en las regiones familiares y cómodas —lo *heimlich*, que decía Freud— y hacer nido ahí sin que lo notes, por el momento. No te quepa duda de que tarde o temprano aparecerá. Aquello que debía permanecer oculto se revelará, quién sabe si bajo el disfraz de locura, ánimas o un automóvil averiado junto al cementerio. Tanto da. Ante lo siniestro, tenga la forma que tenga, tan solo queda rendirse y entregarse. Porque lo insólito, creo con firmeza, es la única manera efectiva de lograr que el corazón lata más deprisa, que la sangre corra rauda por las venas. Hace soñar el misterio y yo hace años que me abandoné a tiempo completo a la ensoñación. Disfrutar del «terror gozado», que decía

Rafael Llopis en su *Historia natural de los cuentos de miedo* es para algunos una forma de vida. No hay alternativas, solo dejarse llevar por la idea, abrirle la puerta a lo inquietante para que se instale, disimulando, haciendo como que no.

Eso es algo que Ángeles Mora Álvarez sabe hacer muy bien. Ella no solo le abre la puerta a lo turbador, sino que además le pone un café. Para muestra, esta colección de veinte relatos oscuros estilo Mora Álvarez.

Con el trasfondo de la locura, Ángeles ordena estos veinte relatos en tres partes que giran en torno a los secretos familiares, los cambios, duelos, rupturas y, por último, tal vez el más inquietante de todos, la figura de la madre. Escribía Ligotti que «solo podríamos escondernos del horror en las profundidades del horror» y pienso que no existe en el mundo una frase más acertada. Porque para cartografiar el infierno hace falta bajar al Inframundo y tomar notas, preguntarle por los principales accidentes del relieve al Diablo y sentarse con él. Siempre debe uno hacer un trabajo fino. De igual manera, para escondernos de la locura tal vez sea necesario enloquecer un poco, transformarse, asumir la alienación por muy paradójico que parezca al primer vistazo.

Es la transformación de la realidad una de las claves de *Somos juegos de cordel*. Podemos verlo en relatos como *Tempo para violín*, *Ser de instinto confuso* o תאטורה ינא. Uno creía conocerse y, fijate, resulta que no. Y así desaparecen los rostros en los espejos y la comida tiene siempre un aspecto asqueroso, el violín que tan obediente tocabas te ha intoxicado el cuerpo o eres un ser que sale por vez primera a un exterior que no reconoce. Lo extraño ha entrado en tu casa y ha transfigurado lo real en otra cosa, y esto es, precisamente, el germen de lo siniestro. Se ha llevado a cabo un contagio y, en estos casos, no suele haber vuelta atrás. Ahora el mundo es distinto. Y tú también.

En ocasiones, es la muerte la que provoca la alienación. El cambio de estado de sólido a etéreo, quieras que no, tiene

que trastornar. Eso es así. Sucede en los relatos *Zumbidos*, *Cecilia está muerta* o *El enigma de Lali*, en los que los personajes, de una manera u otra, entran en contacto con lo difunto, con lo seco, con la pérdida. Aquí la otredad deviene en cuerpo dentro de una bolsa, la infancia dejada atrás o la hermanita que amarillea frente a una cámara de fotos. Es la muerte que cambia todo lo que toca. O, como decía aquella canción tradicional escocesa, *The wife of Usber's Well*: «For cauld, cauld death is lord of all /and to him we must resing», que podría traducirse: «La fría, fría muerte es señora de todo, y a ella debemos resignarnos». Y es que la defunción y los difuntos sobrevuelan estos relatos cual objeto principal de lo siniestro que son, la transformación por excelencia, el sino inevitable.

La ascunción del destino es otro de los tópicos de *Somos juegos de cordel*, un destino demente que echa por tierra lo conocido. Así, en *El sino de Aisa*, la protagonista enfrenta su fortuna como parca, al igual que enfrentan el suyo propio los personajes de *La plañidera*. Finales que sellan, caminos marcados. Ojos que se vacían ante lo inevitable.

En otras ocasiones resulta que la locura es un bicho que habita dentro de uno mismo. La locura nace y se extiende por el organismo como una enfermedad exótica. El miedo que produce la enajenación es también el miedo a convertirse en lo ajeno, a poseer en estado latente una naturaleza distinta, una naturaleza de *lo otro*. Vemos esta idea en el trasfondo de *La niña de tierra*, *Cuatro latas de sardinas*, *La rata*, *El paseo de los locos*, *Bajo los ojos cerrados* y *El agujero*. Lo desequilibrado está dentro de uno, es una sustancia propia dormida que despierta y conduce a los personajes a distintos finales, algunos más amables que otros. Quién sabe si uno podría ser, al fin y al cabo, aquello que odia, aquello que teme.

El temor a ser contagiado por el monstruo y convertirse a partir de entonces en el propio monstruo es otro de los sentimientos universales, es otro de los disfraces de lo siniestro. El instante en que algo externo te alcanza y te hace

suyo, víctima de lo funesto. Aquí lo sobrenatural, lo fantasmal y lo ajeno adquiere un protagonismo específico. En los relatos *Helena y el caminante solitario* (que es, además, un perturbado y lírico homenaje al señor Edgar Allan Poe), en *La España vaciada*, *Un esqueleto sonríe desde el pasado*, *Chicxulub: la cola del diablo*, *La nana* y *Nekomata* se trata de un elemento externo y sobrenatural el que echa por tierra toda cordura. El cerebro hace boom y se fuga cuando tiene frente a frente lo prodigioso. Es ese «instinto del Más Allá», que también menciona Llopis, el que provoca terror y, como consecuencia, locura. Alucinaciones fruto de la fiebre, difuntas damas lánguidas, macabros encuentros en camposantos desiertos, esqueletos que susurran ideas negras, electricidad que inocular alguna forma de vida a huesos antediluvianos, niños espectrales que cantan por las noches, gatos japoneses capaces de hacer aparecer a los muertos. Casi nada. En estos relatos vemos, de manera más patente, la influencia de lo gótico clásico en la obra de Mora Álvarez, el rastro de los cuentos de fantasmas victorianos mezclados con un algo también de Ligotti y Clive Barker. Dije al principio de este prólogo que Ángeles es dama oscura y lo clásico espectral se le escurre de las manos casi sin querer.

Por todo lo dicho, Ángeles Mora nos adjudica el papel de marionetas, asegura que la locura, dama caprichosa, se complace en hacernos protagonistas de sus insospechados juegos. De cordel, en concreto, porque nos ata, enreda, confiere mil formas en las que no creíamos reconocernos. Los caminos de la demencia son inescrutables, de modo que aquí tienes en *Somos juegos de cordel* un desfile de locos. Se abre ante ti un abismo y la opción más sensata es dejarte caer.

Ana Martínez Castillo

Es simplemente un lazo de cordel, pero puedo transformarlo con los dedos en redes, mariposas, pájaros que vuelan y puertas que se abren.

Camila GRYSKI

I
Tramo lejano del meñique

La niña de tierra

La pequeña Carmen bajó del coche con su maletita a cuestas y quedó paralizada sobre la grava. El hombre serio y silencioso que había conducido desde el hospital volvió a agarrar el volante y el auto se alejó dejándola sola frente a la puerta cerrada.

Ni salió nadie a recibirla ni la niña se atrevió a moverse. Afianzó sus pies en la gravilla, deseaba quedarse así para siempre, quizás si los acomodaba lo suficiente le crecieran raíces que la dejaran allí.

El ocaso fue pintando de naranja la luz que la rodeaba y Carmen se fijó en la dama de noche que había en el arriate. En cuanto se hiciera oscuro aquel lugar olería igual que la pérgola de su casa. El pensamiento la puso triste y, como si la tristeza buscara un lugar por el que huir del recuerdo, la puerta se abrió frente a ella.

—Pero ¿desde cuándo lleva aquí esta criatura?

La dueña de la pregunta, una mujer de formas redondas y voz de chirrido seco, soltó el cubo que llevaba en la mano y el agua salpicó formando manchitas en su uniforme gris; agarró con una mano la maleta de cartón, con la otra a la niña y, esquivando el cubo de agua, entró en la casa al grito de:

—¡Señora Gracia, señora Gracia!

Carmen se dejaba arrastrar sin soltar palabra, ni siquiera para quejarse por la presión en su brazo; su mente aún estaba sobre la gravilla y en la facilidad con la que sus pies se habían desprendido del suelo. Su entendimiento se enfrentaba a la decepción de unas raíces inexistentes.

La señora Gracia resultó ser una voz que se coló en el vestíbulo desde algún lugar de la primera planta.

—¿Ya la han traído? ¡Déjala en su cuarto, Consuelo!

La maleta acabó sobre la cama y Carmen en el centro de la habitación. Olía a tabaco, a alcohol de romero y a tierra cubierta con moho. Supuso que así habría oído el abuelo siempre. Una cama robusta y de madera oscura, un pequeño arcón vacío, un armario que aún contenía los trajes del abuelo... y una sola ventana. Pequeña, sin contraventanas y con unas vistas decepcionantes.

La niña había descorrido las cortinas con la esperanza de que su mirada pudiese pasear libre por un prado o se enredase entre las copas de algún bosque cercano. Sin embargo, se dio de bruces contra un patio interior con el suelo de tierra, pequeño, oscuro, triste y vacío. Cerró de nuevo los cortinajes y agradeció que fueran tan gruesos que pudieran aislarla de aquella tristeza exterior.

Carmen miró a su alrededor y la habitación le escupió su soledad a la cara.

Sin saber qué hacer, se sentó sobre el borde de la cama y esperó a que alguien llegara para darle instrucciones.

Nadie llegó.

La madrugada silenció la casa y ella luchó contra el sueño. Sus párpados amenazaban con cerrarse y dejar caer su cuerpo sobre el colchón. Se negó a dejar su huella dormida sobre una cama en la que no la habían invitado a acostarse. Aquel espacio que habitaba no era su dormitorio y la maleta, aún cerrada junto a la puerta, se lo confirmaba igual que un centinela encargado de su custodia.

Entre la incomodidad de la postura y los gruñidos de su estómago reivindicando el hambre, el parpadeo intermitente

le fue entretejiendo sueños, recuperando momentos de pesadillas pasadas para entregárselos en pequeños fogonazos lúcidos.

La yedra venenosa empezó a brotar alrededor de su casa. Creciendo. Trepar hasta engullirla por completo. Carmen sentía la opresión en el pecho, oía los lamentos debilitados de su padre y los gritos asfixiados de su madre que pedían ayuda. Y la planta seguía creciendo como siempre que se repetía aquella pesadilla.

La niña despertó con la boca impregnada de un sabor amargo y el nombre acre colgando de la comisura de los labios. *Toxicodendron radicans*. Había leído mil veces el nombre elegante en las láminas botánicas que su padre atesoraba en la biblioteca. Siempre le gustaron aquellos dibujos.

Miró alrededor, necesitaba comprobar que la yedra no estaba, y la habitación del abuelo, por primera vez desde que había llegado, le hizo promesas de refugio.

Se asomó a la ventana, al patio yermo, y la tristeza bañada de luna le dijo que aún quedaban horas para el amanecer.

Nunca sabría si lo que la despertó fue el chirrido de una puerta o la voz que tanto se parecía a aquel sonido, porque el sobresalto le impidió analizar las diferencias. Consuelo atravesó la habitación, abrió las cortinas para que el sol despareciera a los muebles y dejó sobre el baúl una toalla limpia y una palangana llena de agua.

—Cuando acabes puedes bajar a la cocina, el desayuno ya está preparado.

Bajó las escaleras después de que el lavado de cara la espabilase. La casa estaba tan silenciosa, parecía dormida, y Carmen se sintió una intrusa a cada peldaño que dejaba atrás.

La cocina estaba vacía y el desayuno le esperaba sobre la mesa. Café, tostadas con mermelada, un huevo duro y una manzana que se guardó en un bolsillo en previsión de que llegase algún momento que necesitara endulzar.. Ni siquiera con el estómago lleno se sintió menos sola.

Silenciosa, se asomó a la puerta de la cocina para comprobar que nadie interrumpía la quietud de aquel silencio para trajinar en las faenas cotidianas. La puerta principal estaba abierta y la gravilla reflejaba los rayos de sol mañaneros. Carmen asomó la cabeza con timidez, esperaba que en cualquier momento la novedad le golpease la cara.

Consuelo tampoco se encontraba allí afuera, ni siquiera su voz; sin embargo, la dama de noche seguía guardando la puerta. La niña miró su aroma escondido en las flores minúsculas que se contraían con la luz y bostezó. Aquella pereza vegetal parecía contagiosa. Palpó la manzana en su bolsillo y sonrió. Se la ofrendaría a la planta. La tierra siempre es generosa con quien se porta bien con ella. Así venía siendo desde que el mundo es mundo.

Carmen se arrodilló frente a la dama de noche y hundió sus manos en la tierra oscura como si algún ritual atávico guiara sus movimientos con una diligencia sabia. Hurgó entre sus raíces y, cuando el seno estuvo compuesto, depositó la manzana a sabiendas de que la madre tierra la acogería con agrado y le recompensaría de alguna manera.

Con la misma deferencia que sepultaría el cadáver de un ser querido, cubrió con la oscuridad de la tierra el dulce fruto. Se incorporó, respiró hondo e hizo una leve inclinación de cabeza de la que solo ella fue testigo.

El chirrido que salía de la garganta de Consuelo brotó tomando la forma del nombre de la niña.

—¡Carmeeeen! —Así, alargando la última vocal para que el llamamiento implicara la posibilidad de que ella se hubiera alejado de la casa.

La niña no contestó, en su mente intentó buscar un motivo para que una niña de su edad quisiera curiosear por la nada que rodeaba aquella casa. No lo encontró. El dorado

de los rastrojos secos, monótono y solitario, era lo único que llenaba la vista, el alma y las posibles ganas de huir del lugar.

—¡Carmeeeen!

Anduvo siguiendo el hilo de la voz y sus pasos la devolvieron a la cocina. Consuelo se peleaba con un trozo de grasa, acicalándola, condimentándola con mimo para que el sabor engañara al cerebro y lo reconociera como carne de primera calidad.

—Ven, criatura, no deambules como un alma en pena y ayúdame pelando esas patatas.

Con el mismo mutismo con el que había entrado, se sentó frente al lebrillo y hundió la vista en las patatas. A sus manos no les quedó otro remedio que obedecer. Su cerebro se evadió hasta días lejanos para no oír el canturreo absurdo con el que Consuelo amenizaba sus gestos.

Terminó la tarea y se quedó allí, quieta y silenciosa, aprovechando para escuchar el borboteo de la olla.

La tía Gracia volvió a convertirse en voz y sonó en la cocina tomando forma de nombre.

Consuelo salió, obediente ante su ama, secándose las manos en el delantal. Carmen seguía concentrada en oír el explotar del aire escapando del caldo hirviendo. Y, sin embargo, en su mente, el cocimiento se convirtió en ponzoña. Sus pensamientos, traicioneros, se enredaron con la textura de la yedra venenosa y sintió de nuevo aquellas pompas hirvientes, que la hacían parecer no culpable, estallando en su cauce sanguíneo.

Chup. Chup, chup.

Chup.

La visión de la última burbuja consiguió despertarla y devolverla a la realidad.

—Que coma en su cuarto, ¿me oyes?

Consuelo volvió a atravesar la puerta y Gracia se quedó allí donde se encontrara, transmutando de cuerpo de voz a cuerpo de silencio.

Carmen pensó que aquello se parecía mucho a desaparecer. Y se alegró. La tía Gracia, por el momento, había desaparecido.

Consuelo murmuraba para sí y la niña se sorprendió al comprobar que pudiera adoptar un tono tan diferente al de las bisagras oxidadas. Aquel tono de voz parecía más... ¡un candado! Si los candados hablaran tendrían aquella voz murmurada y bisbiseante. Sí. A Carmen le gustaban los candados porque sabían guardar secretos.

La mujer volvió a su voz de chirrido.

—Sube a tu cuarto, criatura, luego te subiré la comida.

Y sumergiendo el cucharón en el guiso, removió como desahogo y murmuró para contarle sus secretos a las patatas:

—No entiendo cómo viviendo en la misma casa pretende no encontrársela.

La niña volvía a sentarse sobre el colchón acompañada del recuerdo de las frases de la cocinera imitando la voz de su ama.

—Ni verla siquiera, no quiero verla siquiera.

Cuando Carmen despertó apenas había luz en el dormitorio. Se asomó a la ventana y descubrió que anochecía. Se había quedado dormida.

Sobre el baúl de madera había una bandeja. Una jarra con agua, un trozo de pan duro y un plato frío de patatas guisadas sin rastro alguno de carne. Un par de higos pequeños y picoteados por los pájaros completaban la comida que, visto lo visto, le serviría de cena.

Consideró en ofrendar la fruta como había hecho con la manzana, pero aquellos higos no eran dignos. Ni las higueras, que ni siquiera necesitan cuidados, crecían con fuerza en aquel sitio. La niña pensó que la gente del lugar era mala y que la tierra lo sabía, por eso los castigaba con frutos esmirriados.

Se comió los higos. Apenas tenían sabor.

Para comerse las patatas prefirió esperar a que la luna estuviera alta en el cielo. Mientras, se concentró en visualizar

fruta fresca y carnosa. Premios de la tierra a quien la respeta y la trabaja con amor.

Visualizó higos tersos, con el regalo del almíbar en su ombligo, coqueteos verdes y negros que tentaban a la hambrienta. Los abrió introduciendo los dedos para dejar al descubierto su carne púrpura, dulce y jugosa, y pudo sentir el calor que encerraban. La niña posó la lengua en sus labios y agradeció a la tierra sus obsequios. Los higos estiraron sus filamentos húmedos como si fuesen gusanos, sierpes cegadas, y fueron creciendo para enredarse por sus brazos. Serpientes albinas que acariciaban su piel en una danza ancestral. Frutos de vida que saciaban cualquier sed.

Cuando la luna se elevó en su arco, la niña salió del trance, parecía que sus rayos hubieran repiqueteado en el cristal de la ventana para llamar su atención. Recuperó el ritmo de su respiración y engulló las patatas.

Descorrió las cortinas, miró al patio y sonrió satisfecha.

Abrió la puerta en silencio. Todos los ruidos de la casa dormían y las sombras arrullaban el sueño de sus habitantes. Carmen anduvo por los pasillos, bajó escaleras y rodeó estancias. Se mimetizó con la oscuridad que dormitaba en cada rincón, con la quietud que aletargaba a los muebles y con el silencio que mantenía enmudecidos los cortinajes. Y al fin, con la argéntea luna haciendo de guía, logró encontrar el pasillo que se asomaba al árido patio interior. Los muebles adosados a las paredes estaban cubiertos con sábanas y las ventanas, atascadas, habían olvidado su función bajo las capas de mugre de los cristales. Un lugar caído en el olvido.

Y a la niña le pareció el rincón más perfecto del mundo.

Regresó al cuarto del abuelo y miró desde la altura que le otorgaba la planta superior.

Sonrió orgullosa.

Allí abajo, en el centro de la tierra reseca e inerte, un bultito hizo sonreír a Carmen. Apenas una pequeña curvatura

que le hacía promesas que nadie más entendería en aquella casa. La tierra nunca defraudaba.

Y feliz con semejante conocimiento, por primera vez desde que había llegado, deshizo la cama para dormir en su interior.

La ceremonia matinal volvió a repetirse una y otra vez; mañana tras mañana la despertaban y desayunaba sola. En algún momento indefinido, la tía Gracia tomaba su peculiar forma de voz y se dejaba oír con la necesidad de ahuyentar a la huésped creciendo con los días.

Carmen procuraba pasar la mayor parte del día en el cuarto del abuelo. Consuelo le había aconsejado que evitase a la señora y no se cruzara con ella, así que la niña se ponía a fantasear con que a esa tía que no conocía, cuando se apagaba su voz, se la tragaba la tierra. Sin la voz, perdía consistencia y sus pies se iban hundiendo, deshaciéndose la carne y los huesos para formar parte de la materia que la rodeaba. Y se hundía. Y se deshacía. Hundida y deshecha... hasta que algún animalillo excavaba a su alrededor y el aire entraba devolviéndole la voz, y con ella, su forma de mujer humana.

Por las noches, Carmen aprovechaba el sueño de la casa para sus excursiones. Todas acababan en el mismo pasillo junto al patio. Allí, con la complicidad de las sábanas que cubrían los muebles, limpió un trozo de cristal. Un círculo mágico por el que podía asomarse. Vistas a un mundo distinto a su realidad. Y desde aquel lugar privilegiado la fue viendo crecer.

El pequeño bultito latía empujando el terreno, se iba haciendo más grande y la tierra que lo coronaba se decoraba con grietas.

Había vuelto a soñar que le crecían raíces y que nadie podía moverla del lugar elegido para vivir. Ese sueño siempre

le dejaba la misma sensación decepcionante al despertar, por eso Carmen tuvo claro que no estaba comenzando una buena mañana. Su intuición siempre había sido buena guía.

Salió de la soledad del dormitorio del abuelo para sumergirse en la de su desayuno. La voz de Consuelo le salió al paso antes de llegar a la cocina. La de candado. No hablaba con la voz chirriante de bisagra, sino con la de susurrar secretos.

La niña se quedó junto a la puerta cerrada consciente de que una tostada fría ya no puede enfriarse.

La voz de candado no tenía la fuerza suficiente y se filtraba por la madera haciéndose ininteligible. La tía Gracia, sin embargo, atravesaba la puerta sin perder presencia ni autoridad.

—... ni palabra, tú lo has dicho, desde que llegó solo ha abierto la boca para comer. ¿Y si está loca como su madre? ¿Quién me garantiza a mí que no le dará un arranque y nos envenenará igual que hizo ella? Si fue la madre, claro, porque también hay quien cuenta que fue la niña la que hizo el bebedizo. ¿Y si vuelve a desquiciarse? De verdad, estoy harta de que en esta casa no se me tenga en cuenta. En cuanto Jaime vuelva del frente me va a oír. ¡No puede dejarme al cuidado de su sobrina como si nada! ¿Qué culpa tengo yo de que su hermano se casase con una tarada? Demasiado buena soy alojándola bajo mi techo y exponiéndome a Dios sabe qué, Consuelo, que estas almas de mente frágil las carga el diablo, Consuelo, que sé lo que me digo.

Por primera vez en su vida, la niña, en vez de querer tener raíces, deseó ser la semilla de un diente de león y que el viento la llevara muy lejos de allí.

—Y ahora el padre Facundo tiene que venir... ¿a qué? ¿A darle el visto bueno a mi alma de buena samaritana? Pues que venga y que compruebe que cumplo mis obligaciones

de cristiana y de esposa. Pero el sitio de esa niña está en el hospicio, no en mi casa.

Cuando Consuelo salió para dejar a la señora a solas con su martirio, Carmen no estaba en la cocina y el desayuno permanecía intacto. Se puso con sus quehaceres alegrándose de que la pequeña inquilina permaneciera en su cuarto mientras pasaba la marejada.

La niña, en vez de buscar la soledad del dormitorio del abuelo, había buscado refugio en el contacto con la tierra. Las palabras hirientes rebotaban en su oído interno y sus dedos diluían la sensación insana excavando bajo la dama de noche. El cerebro y su dolor se calmaban a medida que hurgaba entre las raíces, removiendo daños a la vez que arañaba la tierra. Hasta que la simple visión de la manzana logró apaciguarla. Allí permanecía, obediente, con la carne consumida por el tiempo y el moho cubriéndola, haciéndola suya, convirtiendo su sacrificio en parte del ciclo que nutre a la tierra. Amor en descomposición. Lealtad mohosa. Fruto putrefacto que vuelve a la tierra que lo originó, encarnando un ciclo eterno.

Carmen volvió a cubrirla para que el proceso se completara. Se incorporó, sacudió sus rodillas y subió a la habitación del abuelo con la certeza de que el poder de la naturaleza volvía a estar de su parte. Se asomó a la ventana, corrió las cortinas para que ni siquiera la luz del sol la molestara y se metió en la cama. La cama del abuelo. La cama de la Carmen en la que querían convertirla.

Consuelo entró a dejarle el almuerzo con la misma amabilidad con la que se alimenta a un animalillo y la supo criatura herida. Su mano revoloteó hasta la frente de la niña y, tras asegurarse de que la temperatura era la correcta, la dejó seguir descansando bajo la protección de la ropa de cama. La mujer pensó que el sueño siempre ha tenido algo de terapéutico. Medicina de las clases pobres. Aquella niña había

sanado el cuerpo con su estancia en el hospital, pero el alma tiene más complicada la cicatrización y el sueño puede ser un buen remedio.

Cuando el sol se ocultó y su luz estaba a punto de ser engullida por las sombras, Consuelo volvió a entrar en el dormitorio. Carmen estaba despierta, aún seguía acostada. La mujer desplegó su voz de candado.

—Mira qué bonito, estarás preciosa con él, criatura. —Abrió el armario del abuelo y colgó un vestido por fuera de la puerta. El olor a tabaco, alcohol de romero y tierra cubierta con moho salió del armario para apoderarse de la nueva prenda—. El padre Facundo vendrá mañana y tiene que verte bien guapa —dijo con su voz habitual de bisagra oxidada—, por eso la señora Gracia te ha traído este bonito vestido.

Carmen se incorporó en la cama y se dedicó a alisar el embozo de la sábana sobre su regazo. Aquel entretenimiento tonto le quitaba importancia al mensaje de sumisión que le transmitían encerrado en las palabras: bonito vestido.

—Después del desayuno te lavaré el pelo. —Y la siguiente frase la dijo con la voz de candado, de manera que las palabras adoptaron una gravedad que la niña no esperaba—. Tu futuro depende de que el padre Facundo vea que tu lugar en el mundo es esta casa, criatura. —Depositó en su frente el último beso que le darían en su vida—. Ahora descansa. —Y salió del dormitorio dejando la estancia a oscuras.

La niña continuó acariciando el embozo con la mirada perdida en algún punto de la oscuridad. Hasta que la luz de la luna volvió a llamar a su ventana y ella obedeció al reclamo de la niña de tierra.

Se levantó y sorteó las sombras durmientes hasta llegar al pasillo del olvido, con sus fantasmas protectores y sus silencios convertidos en complicidades. Entonces la vio nacer. Del témpano reseco, empujando las grietas desde dentro, brotó la niña de tierra. Su cuerpo desnudo cubierto de barro salió del letargo, sus movimientos, orgánicos y sensuales,